

# EL PRINCIPITO Y LOS PENSAMIENTOS



FUE MUY NOVEDOSO  
DESCUBRIR QUE  
MUCHAS CAUSAS  
QUE DEFINEN  
EL CARÁCTER  
PROPIO, TIENEN  
RELACIÓN CON  
PENSAMIENTOS  
TAN FUERTEMENTE  
ENRAIZADOS, QUE  
POR ESO MISMO  
PARECERÍAN  
FORMAR PARTE  
INTRÍNSECA DE  
UNO MISMO.

Cuando era pequeño, mi mamá solía leerme cuentos, relatos, historias que tuviesen un contenido que fuese más allá del simple placer por la lectura. De estos, recuerdo la vez que leímos juntos *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, y en particular un pasaje, que se refería a ciertos árboles que crecían en su diminuto planeta, los baobabs:

Resulta que en el planeta del Principito había, como en todos los planetas, hierbas buenas y hierbas malas. Por lo tanto, buenas semillas de hierbas buenas y malas semillas de hierbas malas. Pero las semillas son invisibles. Duermen en el secreto de la tierra hasta que a una se le antoja despertarse. Entonces se estira, y extiende tímidamente hacia el sol una encantadora ramita inofensiva. Si se trata de una ramita de rábano o de rosal, se la puede dejar crecer como quiera. Pero si se trata de una maleza, hay que arrancarla en seguida, en cuanto se la pudo reconocer.

Había entendido claramente lo que le ocurría al Principito: necesitaba estar muy atento a los brotes de estas plantas, porque se podían quitar mejor mientras fuesen tiernos. Si no, se haría más difícil, ya que los brotes echarían fuertes raíces, y podían poner en riesgo a su mismo planeta.

Mi madre me presentaba la analogía con los hábitos que se incorporan a la vida desde la niñez. Lo más importante era —según entendía de niño— saber elegirlos, pues cuanto más los repetimos, más se arraigan a la vida. Esto era válido tanto para las cosas buenas, como para las malas. Estar atento a apagar la luz al salir de un lugar —ya que me solía olvidar de hacerlo— o disculparme con alguien si advertía haber tenido una mala actitud fueron hábitos que arraigaron en mi infancia.

Pasó el tiempo y aquel relato quedó como un recuerdo querido de esos años.

Cuando tomé contacto con la Logosofía y todo lo que expresa sobre los pensamientos, este recuerdo infantil reapareció. ¿Qué tenían en común? La asociación fue instantánea. Advertir cómo nacen, se nutren, se mueven estos agentes mentales y todas las consecuencias que van dejando, me recordó esos primeros consejos de mi madre sobre el arraigo de los hábitos. Y aquellos ensayos que hacía de niño, casi juegos con los que me divertía cuando recordaba a los baobabs del Principito, tuvieron su continuación con la investigación que comencé a realizar sobre mí mismo, con propósitos de superarme en los varios aspectos en que se configura mi vida.

Una de las experiencias que trajo esa investigación, observación mediante, fue la relacionada con la timidez y traba en la expresión. Era una de esas características que creía imposible de cambiar, ya que formaba parte de mi forma de ser. Fue muy novedoso descubrir que muchas causas que definen el carácter propio, tienen relación con pensamientos tan fuertemente enraizados, que por eso mismo parecerían formar parte intrínseca de uno mismo.

También me sorprendió descubrir que los pensamientos pueden existir como entidades autónomas de la propia volun-

tad, y que al moverse con independencia de lo que anhelamos, van llevándonos por caminos que no siempre queremos o provocando escenas que, de haber podido elegir, hubiésemos evitado. Tal vez sea por ello que la Logosofía plantea que la vida se transforma tan solo con cambiar los pensamientos que la sustentan moral, psicológica y espiritualmente.

Observar la timidez, seguirla en sus diferentes manifestaciones, animarme a ensayar otras conductas, debilitarla gradualmente, fue constituyendo una tarea estimulante y consciente. Tal como el Principito, una hierba afeaba mi mundo interno y podía sacarla.

Llevando adelante ese propósito aprendí mucho, obtuve resultados que además influyeron favorablemente en mi entorno. Experimenté la sensación de amplitud al desarrollar actividades que antes estaban parcialmente restringidas por esa traba.

Queda claro que no todo lo que aprendemos lo hacemos de la misma manera. El factor consciente en los aprendizajes permite el contacto con realidades antes ocultas, y otorga, sin lugar a dudas, confianza y seguridad en el manejo de eso que aprendemos, teniendo especial fijación cuando se trata del conocimiento de la propia vida y cuando percibimos que ello le aporta algo más de felicidad. ■



*Logra más el hombre que domina sus pensamientos, que los acondiciona a su voluntad y los maneja con inteligencia, que aquel que es juguete de los mismos y jamás es defendido por ellos.*

(Del libro **INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO**)



Mariano Dapia  
QUÍMICO  
mgdapia@gmail.com